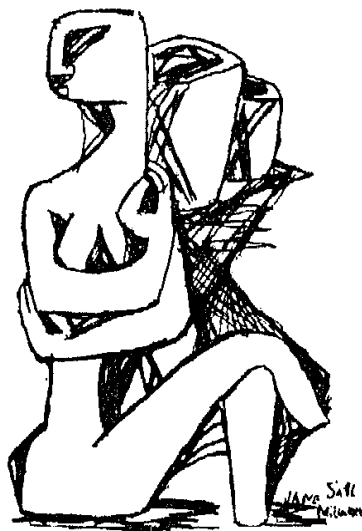


ENSAYO



*...llegar con la mano a esa capa finísima, casi incolora
ya del aire, donde están las ideas inéditas.*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

GLORIA Y PÉREZ GALDÓS

Con motivo de cumplirse el 124 aniversario del nacimiento del gran novelista canario, ofrecemos el presente trabajo, leído por su autor, en el Gabinete Literario el 2 de junio de 1883.

Uno de los signos más característicos de nuestro siglo es la glorificación del genio, ya se revele éste en las ciencias, las letras o las artes; ya descuelle en las esferas gubernamentales, en los debates parlamentarios o en los campos de batalla.

Están ya muy lejos aquellos tiempos en que un Camoens moría en un hospital, y un Cervantes agonizaba en una buhardilla; y si bien es cierto que aún en España las ciencias y las letras no dan a sus fervientes adeptos esa independencia y consideración que el hombre ambiciona en sus relaciones sociales, también lo es que ya principia a vislumbrarse el día en que han de ser honrados por sí mismos los nombres de aquellos que consagran sus vigiliias al estudio de las ciencias, base firmísima de todo progreso, y al de la literatura, manifestación suprema de nuestros más caros ideales.

Entretanto, y mientras llegan tan venturosos días, algunas inteligencias de esas que se adelantan a su época y viven ya con la vida intelectual de otros pueblos, concibieron el proyecto de honrar en un banquete, independiente de toda gestión oficial, el nombre ilustre de un popular novelista que en medio de una modestia, desconocida hasta ahora entre nosotros, ha vivido entregado exclusivamente a sus estudios literarios, produciendo obras que han sido y son la admiración de propios y extraños.

Ahora bien, ese modesto literato, autor de tantas y tan maravillosas concepciones, que no brilla en casinos ni ateneos, ni ostenta títulos ni condecoraciones, es un hijo de la Gran Canaria, es un hijo de Las Palmas, es Benito Pérez Galdós.

¿Cuál es, pues, el ramo especial que en el vasto campo de la literatura ha elegido nuestro ilustre compatriota para ocupar su pasmosa actividad? Ya lo hemos dicho, la novela, ese poema de la vida, esa poesía eterna del alma, ese drama íntimo del corazón.

La novela, que a tanta altura se ha elevado hoy en el mundo ilustrado, juzgada por todos los que saben pensar, no como mero pasatiempo, sino como signo evidente de superior cultura y poderosa arma de combate en la lucha eterna de las ideas, seguía en nuestra España el mismo grado de decadencia que alcanzaban los demás ramos del saber. Observábase, en vez de las elevadas concepciones de Manzoni, Balzac, Sand, Bulwer, Dickens y Thackeray, y de las más recientes de Flaubert, Elliot, Zola y Daudet, una multitud de novelas sin estilo, arte ni intención moral, donde las pasiones más viles, la trama más inverosímil y la ignorancia más completa de todo buen decir y de todo buen sentido, desarrollaban una acción que sólo tenía lectores entre las clases más desheredadas de toda ilustración. Inútilmente Valera, Alarcón, Castro y Serrano, Rodríguez Correa, Pereda y algún otro de nuestros mejores literatos, pretendían encauzar el torrente desbordado de esos nauseabundos engendros que invadían nuestras prensas, llevando el descrédito de nuestra literatura a todas partes; pero sus esfuerzos, aunque muy dignos de aplauso, eran ineficaces por su misma lentitud, como producto, en general, de personas a quienes absorbe todos sus instantes la política. Se necesitaba, por tanto, un hombre de incansable actividad, de genio paciente y emprendedor, de ánimo levantado, amante del arte por el arte, alejado del turbulento mar de los partidos, conocedor del movimiento literario europeo, buen estilista, de vasta inteligencia y profundo observador del corazón humano que, siempre en la brecha, sin temor ni desalientos, rompiese el grosero molde de esa literatura miserable y vergonzante.

Ese hombre, al fin, apareció, y su nombre ya lo hemos dicho, es el ya ilustre de Pérez Galdós.

Desde sus primeros ensayos, reveló nuestro inspirado novelista las dotes extraordinarias de su privilegiado talento. En su *Fontana*, en su *Audaz*, en sus *Episodios*, se

globo, preparada como estaba la Península por tres siglos de ignorancia y aislamiento a dar robusta vida al absolutismo y a la intolerancia, que sólo de esa savia se nutren, y pudiendo encontrar, como en efecto ha encontrado, fuerzas bastantes para ensangrentar por tres veces el suelo de la patria, y armar en fraticida guerra el brazo de sus hijos.

En medio de esta reñidísima batalla, Pérez Galdós ha aparecido en la brecha y ha herido con certera mano el monstruo de la intolerancia, blandiendo para ello las armas de la pluma, desde las páginas inmortales de su novela *Gloria*.

Gloria es el nombre de una hija de esas familias del pueblo enriquecidas por la casualidad, refractarias a toda idea nueva, y que pretenden asegurar la supremacía que no les da su abolengo, por medio de la exageración de sus principios autoritarios y religiosos. Para esas familias ser ultra-católicos es poseer una ejecutoria de nobleza.

El tipo de Gloria es uno de los más acabados que han salido de la pluma de nuestro insigne novelista. En aquel tipo se armonizan admirablemente la bondad, el candor, el talento natural y la discreta hermosura, personificando en su parte moral esa duda que surge de toda inteligencia sana y honrada en presencia de ciertas afirmaciones.

Los capítulos en que el autor analiza el estado intelectual de la joven y que llevan por títulos —«El otro»— «El otro está cerca»— «Va a llegar»— «Ya llegó»—, son estudios psicológicos de inimitable exactitud.

Un diputado ultramontano, soldado de Cristo, de esos que hoy declaman contra la unidad de Italia, y lloran al compás de las cadenas del preso del Vaticano, aparece como pretendiente de la niña; pero una discusión que ésta oye casualmente entre el defensor del orden moral y el cura del pueblo, y donde se pronuncian palabras muy extrañas en boca de los sostenedores del trono y del altar, arrancan al pretendiente su última esperanza.

Otra de las mejores figuras del cuadro es la del obispo, don Angel Lantigua, tío de Gloria. El obispo, dice Pérez Galdós, era un niño grande; pero este niño llega, sin embargo, a ser Príncipe de la Iglesia. Ocurríanle con

frecuencia grandes cosas que nunca acertaba a explicar. Una incapacidad bordada de bondades, una rutinaria sucesión de ideas, basadas en las últimas declaraciones de Roma, y una intolerancia que jamás llegaba al corazón, eran los principales rasgos de su carácter.

Por un encadenamiento de sucesos, lógico y sencillo, aparece en la escena Daniel Morton. ¿Quién es este nuevo personaje? ¿Será protestante, será libre pensador? De aquí gran perturbación en la familia. Gloria ha encontrado al que su corazón buscaba. El padre sospecha, vacila y teme. El santo obispo intenta convertir al hereje, aunque no lo consigue. Entonces principia el drama, drama terrible en que las pasiones, admirablemente sentidas, se dan ruda batalla.

Morton llega a hacerse amar de Gloria; la pasión y los obstáculos crecen, y un día llega en que, olvidándolo todo, se creen esposos y sucumben en la lucha.

Al despertar de su éxtasis, Morton exclama: —«Gloria, yo no soy cristiano, yo soy judío».

Y ella, loca de espanto le grita:

—Arrodíllate delante de ese Cristo y creeré cuanto me digas.

—No delante de un profeta en quien no creo —le contesta Morton.

Y después de una escena desgarradora, el padre los sorprende y cae muerto al sospechar su deshonra.

En la segunda parte nuevos personajes vienen a aumentar el interés del drama.

Doña Serafina, encarnación del proselitismo religioso, con su persecución subterránea, incesante y abrumadora; don Buenaventura, representación del católico liberal, con sus reservas mentales y su ancha conciencia; el alcalde, la alcaldesa y sus amigas, todos y cada uno de estos personajes están en su sitio y contribuyen al desarrollo y desenlace de la novela, donde al fin la lucha sostenida por el fuego de la más feroz intolerancia, toma proporciones gigantescas.

Pero ¿a qué continuar el análisis de la novela? ¿Quién, que se precie de español y de canario, ha dejado de leerla? Recordemos tan sólo, para concluir, el capítulo que se titula «Dieciocho siglos de antipatía», en donde don Buena-

ventura y Morton discuten sobre la verdad de sus respectivas creencias, y ese otro capítulo en que el autor pone de manifiesto las torturas del infortunado amante, y en cuyas páginas se encuentran párrafos tan sublimes como éste:

—¿Qué creo yo? ¿Creo acaso que mi religión es la única en que los hombres pueden salvarse, la única que contiene las verdades eternas? No; felizmente sé remontar mi espíritu por encima de todos los cultos y puedo ver a mi Dios, el Dios único, el grande, el terrible, el amoroso, el legislador, extendiéndose sobre todas las almas y presidiéndolas con la sonrisa de su bondad infinita desde el centro de toda sustancia...»

El capítulo «Mater Admirabilis» es una página acabada de exquisita sensibilidad y corona admirablemente la composición trayendo un desenlace lógico y necesario que sintetiza el fin altamente moral que el autor se propone.

Gloria es, la primera novela española que se atreve a mirar de frente a ese monstruo de la intolerancia, proscrito del mundo entero y que sólo existe hoy en nuestra patria. Libros como ese necesita esta noble tierra para extirpar de su suelo las supersticiones que la envilecen y la ignorancia que la oprime y, hoy más que nunca, que por una reacción inconcebible invaden triunfantes las cátedras y academias hombres, cuya pretendida ciencia nadie escucha en el concierto de los pueblos cultos.

Si para buscar una nueva fórmula que armonice en el porvenir las aspiraciones de la filosofía y la razón y satisfaga a la vez las necesidades morales de una sociedad que se transforma y de una ciencia que se dilata por horizontes infinitos, ha de ser preciso que cada inteligencia lleve su contingente al acervo común; el novelista, en contacto inmediato con todas las almas está llamado a ser uno de los primeros que preconice el culto de la razón y penetre en la conciencia de los pueblos para iluminarla con la luz de la verdad.

Siguiendo por esa senda, nuestro insigne canario llegará a ser uno de los más poderosos adalides de la revolución moral que se prepara y que, ha tiempo, conmueve las entrañas de la vieja Europa.

«La querrela subsistía, subsiste y subsistirá pavoro-

sa, ha dicho Pérez Galdós al concluir su obra, y antes que se acabe, muchas Glorias sucumbirán, ofreciéndose como víctimas para aplacar el formidable monstruo que toca con la mitad de sus horribles patas a la historia y con la otra mitad a la filosofía, monstruo que no tiene nombre, y que si lo tuviera, lo tomaría juntando lo más bello, que es la religión, con lo más vil, que es la discordia; muchas Glorias sucumbirán, sí, arrebatándose del mundo que encuentran despreciable a causa de las disputas, y corriendo a presentar su querrela ante el juez absoluto».

La víctima ofrecida, añadiremos nosotros, es digna del alto sacrificio a que se consagra, y esperamos que su ejemplo sea útil a la noble causa que defiende.

Ahora bien, tú, Pérez Galdós, autor de tantas bellas obras; tú, que has recogido del fango donde yacía perdido el cetro de la novela española; hijo ilustre de la Gran Canaria; preclaro isleño, honra y gloria de tu patria por ello doblemente afortunada, recibe desde estas playas en que se abrieron tus ojos a la luz, el cariñoso saludo que te envían esta noche todos los canarios. No creas, no, que los laureles que adornan tu frente sean mirados aquí con indiferencia; cada triunfo que alcanza tu mágica pluma encuentra entusiasta eco en nuestros corazones. Tus victorias son nuestras victorias; tu gloria nuestra gloria. Aquí donde tu anciana madre y tus hermanos viven, no hay más que flores y palmas para tu inspirada sien. Vuelve tu mirada hacia esta isla, donde sólo necesita el genio espacio y luz para dar abundantes y sazonados frutos, y no olvides que también en nuestro hermoso suelo se lucha por la ilustración y el progreso.

Ya lo sabemos; tú no eres estrella que se levanta sobre nuestro horizonte, eres sol que brilla con luz propia sobre el horizonte inmenso de la literatura universal; pero aún así permítenos que en la modesta historia de tu patria reservemos para tu hermoso nombre una de sus más bellas y gloriosas páginas.

AGUSTÍN MILLARES TORRES